

## La lucha por las mujeres\*

---

Benoîte Groult

En junio de 1949 aparecía el primer tomo de un ensayo cuya audacia, ambición y libertad no son, aún hoy, lo suficientemente valorados: *El Segundo Sexo*. Simone de Beauvoir tiene entonces 37 años. Ya ha publicado tres novelas, entre ellas *La invitada* en 1943, y una obra de teatro, *Las bocas inútiles*. Sin embargo, se la considera fundamentalmente la compañera del padre del existencialismo y se la apoda *Nuestra Señora de Sartre*.

Antes que ella, mujeres aisladas, heroicas como Olympe de Gouges, audaces como Mary Wollstonecraft o lúcidas como Virginia Wolf, por no citar más que algunas, ya habían inventado el feminismo, incluso antes de que esta palabra fuese creada.

Pero fue Simone de Beauvoir la que logró reunir todas estas reivindicaciones dispersas, estos movimientos de ideas rápidamente reprimidos, estos combates casi olvidados, estas tentativas de mujeres heroicas

\* Este artículo apareció originariamente en *Le magazine littéraire*, N° 471, enero de 2008, pp. 48-50. La presente traducción del francés al español estuvo a cargo de María Josefina Braschi y Lauriane Jumel. Cátedra de Traducción Literaria en Francés I, Traductorado Público en Lengua Francesa, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Supervisión y revisión: Dra. Ana María Gentile.

y sistemáticamente arrojadas a los rincones más oscuros de la Historia, para darles una voz única, fundada sobre un profundo conocimiento filosófico, histórico, científico y sociológico.

Contrariamente a lo que se podría suponer, este libro no nació de una reivindicación militante y menos aún de cualquier deseo de revancha. Hasta ese momento, Beauvoir había logrado llevar una vida brillante y, por otro lado, en ese período turbio de la posguerra, los derechos de las mujeres estaban lejos de ser una cuestión prioritaria. El término «feminismo» no había sido pronunciado nunca, y en Francia no existía ninguna asociación para los derechos de las mujeres. Entonces, ¿por qué haber abordado este tema? Con su franqueza habitual y esa suerte de ingenuidad que la caracterizan, Simone de Beauvoir dio sus razones en *La Fuerza de las cosas*, el segundo volumen de su autobiografía:

¿Qué había significado para mí ser mujer? Nunca había tenido sentimientos de inferioridad. Mi feminidad no me había molestado en nada. Para mí, le dije a Sartre, eso no había sido nunca un problema. —Pero de todas maneras, Castor, tú no has sido criada de la misma manera que un niño. Deberías analizarlo mejor... Así lo hice, y tuve una revelación: ese mundo era un mundo masculino. Mi infancia había sido alimentada por mitos forjados por hombres y yo no había actuado ante ellos de la misma manera que lo habría hecho si hubiese sido un varón. Esto me interesó tanto que abandoné todo para ocuparme de la cuestión femenina en su totalidad.

Con esa capacidad de trabajo tan suya y esa valentía para hablar, Beauvoir plantea una idea fundamental que va a ser la base de toda su obra, una idea que salta a la vista pero que nadie ve:

A un hombre no se le ocurriría escribir un libro sobre la situación singular que ocupa el género masculino en la humanidad. Que sea hombre, es algo que va de suyo. Un hombre está en su derecho siendo un hombre, es la mujer quien tiene la culpa. Él es el Sujeto, lo Absoluto; ella es lo Otro.

Lo sorprendente es que este libro fundador no es el manifiesto de ningún movimiento y no forma parte de ninguna ola feminista. Su publica-

ción precedió en veinte años al nacimiento del Movimiento de liberación de las mujeres en Francia y en más de diez años a la aparición en Estados Unidos de la obra feminista, segunda en importancia, del siglo xx: *La mística de la femineidad* de Betty Friedan.

Además, en los años 1950, Beauvoir todavía pensaba que el advenimiento del socialismo pondría fin necesariamente al sexismo e instauraría la igualdad de los sexos. Veinte años después, al constatar que en ningún lado, ni siquiera en la Rusia soviética, las mujeres habían obtenido los mismos derechos y las mismas libertades que los varones, Beauvoir llegó a la conclusión de que era necesaria una lucha específica. Rechazando subirse a un pedestal, cuanto más avanzaba en edad, más se acercaba a las feministas de base y a la militancia cotidiana, con todo lo que eso tiene de ingrato. A sus 75 años, sobrevivía aún en ella la jovencita «de curiosidad sin límites», de exigencias desmedidas, lista para toda clase de dichas, de sacrificios también, ella a quien se la ha descrito muy ligeramente como distante y seca, sin ver que su timidez y una cierta torpeza eran la explicación de esta frialdad aparente.

Por supuesto, la evolución de las mentalidades y los avances de la biología hicieron caducar, en cierto modo, algunos de sus análisis. El cuadro sombrío de la alienación de las mujeres que describía Beauvoir, la obsesión de los embarazos no deseados, los partos con dolor, la menopausia «que despoja a la mujer de toda femineidad» datan de una época felizmente superada, en parte gracias a ella. Pero ella fue la primera que rechazó «la alienación a la especie de la hembra humana».

No podríamos concluir sin antes evocar la famosa, la ineludible frasecita que, para tanta gente, lectores o no de su obra, resume *El Segundo Sexo*: «No se nace mujer, se llega a serlo». Es evidente que esta clase de eslogan puede aparecer simplista respecto del pensamiento de Beauvoir. Pero para liberar a las mujeres de los estereotipos y de la noción falaz del Eterno femenino, hacía falta una fórmula-*shock*. Paradójicamente, esta frase nacida de su pluma y cuya concisión limita con la genialidad, es quizás producto de la búsqueda de una mayor simplicidad en el estilo, de ese deseo, tantas veces expresado, de repudiar cualquier clase de afectación y de búsqueda de brillo.

Es indudable que el retroceso del feminismo y el rechazo de ese militantismo deshonesto –pero al cual las mujeres le deben sus derechos ya adquiridos– perjudicaron la memoria de Simone de Beauvoir, que

todavía no ocupa su justo lugar en la historia de las ideas. No obstante, nos podemos preguntar si ella no ejerció sobre nuestras ideas y costumbres una influencia aún más profunda que la de Jean-Paul Sartre. En todo caso, Beauvoir contribuyó, más que ninguna otra mujer, al surgimiento de una conciencia femenina capaz de superar la fatalidad de su condición, que es el sentido mismo del existencialismo. Gracias a toda su obra, logró que las mujeres entraran en su historia y, por eso mismo, en la Historia con mayúscula.